



*18.254  
day 1727*

HISTORIA GENERAL  
**DE FRANCIA**

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 204 y 205.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1874.

Véase el anuncio del dorso.

L47  
1751

HISTORIA GENERAL

DE FRANCIA

DE VIENTE DE LA BIBLIOTECA

Libros 201 y 202

BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERIA BELGOSA Y LLOP, EDITORES DEL HEREDERO DE D. FABRI RIERA

CALLE DE VILLAVIEJA, 24 Y 26

1872

Verse el anuncio del dorso

451  
1872

g<sup>a</sup> = Feb. 1<sup>o</sup> / 75.



didadas de gobierno que propusieron fueron mal sostenidas; no pudieron lograr la adopción de su proyecto favorito consistente en la formación de una guardia reclutada en los departamentos; elevaron al ministerio de Justicia, en vez de Danton, á Garat, ideólogo que aspiraba á la imparcialidad y tendia hácia ellos por sus afecciones, pero mediador de extrema mollicie y de una benevolencia sin límites; reemplazaron á Servan, ministro de la Guerra, que se hallaba enfermo (5 de octubre), con el inepto é innoble Pache, que entregó sus oficinas y el ejército á los jacobinos; consintieron en que Petion rechazase la *mairíe* de París, para la cual fué nombrado Chambon, hombre débil y nulo, á quien asistieron dos hombres infames, Chaumette y Hebert, procurador y sustituto de la municipalidad. Dejaron á Marat «encenegarse en la calumnia,» denunciar á todo el mundo, pedir en la misma tribuna doscientas setenta mil cabezas para asegurar la paz, y se acostumbraron á reirse de aquel maniático, cuya influencia desconocian, y á quien pretendian enviar á una casa de Orates. Acabaron de enemistarse con Danton, el cual, siendo únicamente cruel por posición revolucionaria, se inclinaba hácia ellos en sus reacciones humanitarias, y no cesaron de recordarle los crímenes de setiembre. El ridículo fué la única arma que emplearon contra la grandeza de Robespierre. «La revolución francesa es una religión, decían sus periódicos, y Robespierre es en ella un jefe de secta, un sacerdote que tiene sus devotos. Robespierre predica, Robespierre censura; se desencadena contra los ricos y los grandes; vive con poco y desconoce las necesidades físicas; por medio de su reputación de misticismo aspira á la santidad, habla de Dios y de la Providencia; llámase amigo de los pobres y de los débiles; hácese seguir por las mujeres y los pobres de espíritu, y recibe gravemente sus adoraciones y homenajes.» Tamañas faltas excitaban la alegría de la Montaña, la cual debia dejar en breve la defensiva para tomar la ofensiva.

3.—En medio de aquellas luchas de los re-

presentantes de la nación francesa, cada partido empleaba todos los recursos que podia para superar á los otros: los de la Montaña, que fundada ó infundadamente sospechaban de los girondinos suponiendo á estos en intrigas para hacerse suya la Revolución, exaltaron las pasiones populares en contra de sus adversarios, y así, mientras que los girondinos apresuraban la obra de la constitución para que el país tuviese una norma que seguir y pudiera restablecerse el orden legal, los montañeses, para dominar al partido girondino y ser ellos el partido dominante, resolvieron abrir un abismo insondable entre la república y la monarquía, y pidieron que se formase proceso á Luis XVI, con lo cual, si salía como era de esperar sentenciado, quedaban derrotados los girondinos á la vez que se hundía el monarca.

La familia real habia sido encerrada en el Temple, fortaleza sombría cuya torre servia de cárcel. A esa torre, pues, se llevó á la familia real, y el rey ocupaba el segundo piso y la reina con la demás familia el primero. Sin embargo, desde las diez de la mañana en adelante podian reunirse todos los días aquellos presos. Separábanse despues de cenar, retirándose cada uno con cierta satisfacción por haber pasado el día reunidos. Estaban completamente incomunicados, pues un solo criado, Clery, servia en el interior de la cárcel sin poder nunca salir fuera. De lo que pasaba fuera no sabian nada mas que lo que podia ser doloroso á los presos, por cuanto no se permitia llegar á ellos mas que las noticias de las persecuciones y muertes de sus adeptos, y las derrotas que sufrían las instituciones monárquicas, á la vez que las victorias de la República. Mas nunca se mentaban allí los proyectos de venganza que se abrigaban contra los miembros de la familia real y mayormente contra su jefe.

De tal suerte, con la continua zozobra en el alma y temiendo cada día que aquel seria el último que se vieran reunidos, sin esperanza de salvación, pasaron aquellos presos en el antiguo palacio de la orden de los Templ-

rios por espacio de cinco meses. Pero lo mas aflictivo para aquella familia era la vigilancia estremada y hasta á veces injuriosa de que era objeto. Cumple, no obstante, observar que Luis XVI, mas hombre de familia y afectos que hombre de gobierno y diplomacia, se distinguió en su cautiverio por una tranquilidad y calma que mas de una vez enternecieron á sus mismos carceleros. Consagrábase á la educacion de sus hijos con todo el cariño y paciencia de un buen padre.

El rey era inviolable segun todas las leyes admitidas; y solamente podia declarársele destituido: por tanto la ley no podia hacer nada contra él, puesto que se habia llegado al limite, que era la destitucion. Mas como quiera que á la sazón no imperase siempre el derecho legal, y por otra parte se hallase la Francia en una situacion estremadamente extraordinaria, era de temer que poco obstáculo serian las leyes para tomar medidas exageradas si con ellas habia de conseguirse el triunfo de algun partido. Porque cumple notar que la fuerza sobre el pueblo era la ley de los partidos en aquel periodo de trastornos y sucesos tan terribles. ¿Se habian respetado las leyes en los hechos mandados cumplir por la Asamblea, el municipio y los tribunales? En suma ¿puede imperar siempre la ley en una época revolucionaria? Si la revolucion tiene por objeto echar abajo lo existente para reformar, ¿cómo puede concebirse que se detenga ante una ley cualquiera? El rey era inviolable segun el código fundamental; pues con prescindir de este código podia obrarse perfectamente en el terreno revolucionario.

Ya que las revoluciones sean necesarias para el progreso de la humanidad, tendrian que realizarse en un solo dia... Mas continuemos.

La Europa entera amenazaba á Francia por la medida de haber destituido y encarcelado á su rey; mas los ánimos se exaltan cuando directa ó indirectamente se amenaza la independencia nacional. Los pueblos creen siempre que tienen el derecho de obrar en su patria conforme les parezca mas conveniente, y

toda ingerencia extranjera les indigna y hace suponer un peligro. Danton, representando acaso entonces la opinion popular, pronunció en la Asamblea estas terribles palabras: «Puesto que las naciones nos amenazan echémosles como guante de desafio una cabeza de rey.» Y la Convencion, erigiéndose en juez á pesar de que era la acusadora, citó al rey á comparecer ante ella (3 de diciembre). Inútiles serian las defensas del venerable Malesherbes y el brillante discurso en favor de Luis XVI; se habia resuelto la muerte del monarca, y no habria remedio. Así lo manifestó el mismo Luis á su primer defensor. «Vuestro sacrificio es tanto mas generoso, le dijo, en cuanto espondeis la vida sin que podais salvar la mia.» De todos modos la historia consagrará un lugar ilustre á la memoria de Malesherbes, que se ofreció á tomar el puesto peligroso que otros abogados pretestaron no poder aceptar.

Los de la Montaña, á quienes se unieron los jacobinos, no quisieron saber si las acusaciones que se presentaron contra Luis XVI (desde el 3 de diciembre hasta el 7) eran verdaderas ó falsas. Ellos á toda costa querian su muerte como medida de salvacion pública. ¡Cuánto se ha abusado del *Salus populi suprema lex!* Los girondinos habrian sin duda querido salvar al rey; mas ora fuese por timidez, ora por considerar inútil cuanto hicieran en tal sentido, se ha de decir que emplearon muy débiles esfuerzos para evitar un crimen imperdonable. La monarquía podria haber sido tan funesta á los franceses como se quiera suponer; pero el único crimen de Luis XVI fué acaso su debilidad ó irresolucion, pues no tuvo valor suficiente para negarse á las exigencias é intrigas de la corte, que se oponia á que el rey se adhiciese á la revolucion á la que parecia inclinado.

Sometiéronse el 14 de aquel mes tres proposiciones ó preguntas sobre las cuales podian los diputados explicar su voto en la tribuna.

1.<sup>a</sup> ¿Es reo de conspiracion Luis contra la libertad de la nacion, y de atentado á la seguridad general del Estado?

2.<sup>a</sup> ¿El juicio que se dé sobre Luis será sometido á la ratificación del pueblo congregado en sus asambleas primarias?

3.<sup>a</sup> ¿En qué penas ha incurrido el hasta hoy rey de los franceses?

Cada votante tenia que subir á la tribuna á deponer su voto, que podia motivar, por escrito y firmado. Los jacobinos habian rodeado el salon de seides suyos, que llenaban las galerías destinadas al público, y perseguian con sus insultos y amenazas á los diputados favorables á Luis. Era menester mucho valor y sangre fria para ir de aquella suerte á defender á un rey cuya cabeza se pedia. El dia 15 de enero de 1793 votaron seiscientos ochenta y tres diputados sobre la primera proposicion *si*, escusándose ó motivando sus diferentes opiniones treinta y ocho. Sobre la segunda proposicion los girondinos votaron *si*, mas la *Llanura* intimidada por el aspecto amenazador de las galerías no les secundó, y por eso de setecientos veinte votantes, cuatrocientos veinte y cuatro se declararon en contra de la ratificación popular.

Tratábase entonces de decidir sobre la suerte del rey, y el dia 17 comenzó á las siete de la noche la votación nominal. Duró veinte y cinco horas consecutivas en medio de la confusión mas extrema, de los insultos, amenazas y clamores proferidos con ferocidad por el asqueroso populacho allí presente. En todos los grandes crímenes de la humanidad toma gran parte é influye sobremanera esa escoria de la sociedad que solamente levanta osada la cabeza en los grandes trastornos y conmociones populares. De otro modo tendria que suponerse al pueblo instintos perversos que no abriga, y deseos contrarios de los que siente: el bueno del pueblo no quiere mas que trabajo, libertad y buen gobierno... Mas prosigamos: Los asesinos del dia 2 de setiembre que no habian tenido escrúpulo en dar alevé muerte á los presos, gritaban ahora al diputado que hablaba de humanidad: «Ó su cabeza ó la tuya.» Concíbese la indignación que sentirian algunos hombres dignos al verse forzados á votar supeditados por aquella hedion-

da escoria de la sociedad. Uno de los diputados, Lanjuinais, no pudo menos de exclamar: «Aquí votamos bajo el puñal y el cañon de los facciosos.»

Algunos diputados votaron la prisión ó el destierro á pesar de las vociferaciones y amenazas de la *Montaña*. Muchos votaron la muerte con todo cinismo. Camilo Desmoulins, uno de ellos, exclamó: «Un rey muerto no es un hombre de menos. Voto la muerte, pero demasiado tarde tal vez para honra de la Convención.» Barrere se espresó en estos términos: «El árbol de la libertad no puede crecer sin regarse con la sangre de los reyes.» Sieyes, mas cruel todavía, dijo: «La muerte sin frases.» La espectación, empero, fué grande cuando se vió subir á la tribuna al duque de Orleans, al Sr. D. Felipe Igualdad. Creyóse que se escusaria en razon de ser pariente de Luis. Mas con la mayor... calma, dijo: «Únicamente ocupado de mi deber, y convencido de que todos los que han atentado, ó en adelante atenten á la soberanía del pueblo merecen la muerte, voto la muerte.» Diez y nueve sacerdotes y tres ministros protestantes que se sentaban en la Convención, votaron tambien la muerte. Vergniaud, que habia abogado tan calurosamente por Luis XVI, sintió flaquear su ánimo en la tribuna y dejó caer la palabra fatal, la muerte. «Creí, dijo, ver la guerra civil próxima á estallar, y no me atreví á poner en balanza la vida de un individuo con la salvación de Francia.» Sus amigos le imitaron.

Una vez terminada la votación, y siendo considerable el número de votos en favor de Luis, se esperaba el escrutinio, ó mejor dicho, recuento, con inquietud, cuando un diputado de Deux-Sevres, el general Duchastel, llegó sumamente fatigado y desafiando la enfermedad que le aquejaba para emitir su voto que podia salvar al rey. Empeñóse una violenta discusión para saber si llegaba tarde; mas toda vez que no se habia hecho el escrutinio, se aceptó su voto. Serian las doce de la noche cuando Vergniaud, que presidia aquella terrible sesión, leyó con voz alterada

el resultado del escrutinio: trescientos ochenta y siete votos pedían la muerte, trescientos setenta y ocho la prision ó la muerte con condicion, y veinte y ocho se abstuvieron ó estaban ausentes.

El 18 y 19 la Asamblea nacional discutió esta proposicion: «¿Habrá sobreseimiento ó próroga respecto al suplicio de Luis?» Estas sesiones fueron tan borrascosas como las precedentes. Las tribunas temian que la vida del rey les escapase; y el 20 de enero, á las tres de la noche, trescientos ochenta votos contra

Hé aquí ahora en que términos expresa los últimos instantes de aquel rey su fiel servidor Clery, que, como hemos dicho, era el único que se permitió acompañar en su encierro á su señor. «A las ocho y media, dice, llegó la familia real llorando á lágrima viva. Cerré la puerta que tenia vidrieras. El rey se sentó, la reina á su izquierda, la infanta Isabel á su derecha, la infanta Real casi en frente y el jóven príncipe se quedó en pié entre las rodillas del rey: todos estaban inclinados hácia él y á cada momento le tenian abrazado.



BARBAROUX.

trescientos diez decidieron la ejecucion de la sentencia dentro veinte y cuatro horas y se extendió inmediatamente la sentencia. El mismo dia se comunicó la sentencia á Luis á las dos de la tarde, y este la escuchó con la mayor calma. Solamente pidió un plazo de tres dias «para prepararse á comparecer delante de Dios,» dijo, y se le negó. Se le permitió únicamente que le asistiera un sacerdote injuramentado, el abad Edgeworth. En la comida tuvo que pasarse sin cuchillo, y este acto de desconfianza le indignó. «¿Me creen bastante cobarde para suicidarme?» dijo. Por la noche se le permitió ver á su familia.

Esta escena de dolor duró siete interminables horas, durante las cuales fué imposible oír nada: se veia solamente que á cada frase del rey redoblaban los sollozos y duraban algunos minutos: en seguida el rey volvía otra vez á hablar: fácil fué, á juzgar por sus movimientos, comprender que él mismo les acababa de manifestarles su sentencia...»

Por último el rey se desprendió de los brazos de su familia y se reunió con su confesor: luego se metió en la cama y durmió profundamente. A las cinco Clery le despertó, preparó una cómoda en medio del aposento disponiéndola en forma de altar para celebrar la

misa el abad Edgeworth, ayudada por Clery. El rey no quiso volver á ver á su familia temiendo renovar las dolorosas escenas del día antes. A las ocho Santerre fué á buscarle y le hizo montar en un carruaje.

El asesinato de uno de los diputados que votaron la muerte de Luis habia aterrado á los *montañeses* y *jacobinos*. Estos, que temian una batalla con motivo del suplicio, tomaron las medidas mas severas y pusieron sobre las armas á todos sus hombres. Andaban recorriendo desolados por todas las secciones repitiendo que se queria arrebatár al rey. La municipalidad mandó cerrar todas las barreras y las tiendas de la ciudad, y prohibió formarse grupos y asomarse á las ventanas. En las bocacalles principales se habian puesto cañones dispuestos á vomitar metralla. La plaza de Luis XV estaba rodeada de artillería. En medio de ese terror general y de ese lúgubre estado de sitio avanzó el coche en que llevaban á Luis XVI.

«La marcha, añade un testigo ocular, duró cerca dos horas: oficiales de gendarmería iban sentados en la delantera del coche, el rey y el P. Edgeworth dentro. Todas las calles estaban guardadas por un cordón de varias filas de ciudadanos armados de picas y fusiles. Además, el coche era guardado por un imponente cuerpo de tropas. Para colmo de precaucion se habia puesto delante de los caballos una multitud de tambores para sofocar los gritos que pudieran proferirse en pro del rey. Mas nadie aparecia en puertas ni ventanas, y no se veia por las calles mas que ciudadanos armados.»

Así llegó el coche en medio del mayor silencio hasta la plaza de Luis XV, y se paró en medio de un grande espacio vacío dejado en torno del cadalso. Este espacio estaba cercado de cañones, y hasta donde podia alcanzar la vista se veia una muchedumbre armada con todas armas.

«Cuando sintió el rey que el carruaje no marchaba, se volvió y me dijo al oído: «Ya hemos llegado, si no me engaño.» Mi silencio le contestó que sí. Uno de los verdugos

vino entonces á abrir la portezuela; pero el rey les detuvo y apoyando la mano en mi rodilla, les dijo con tono de mando: «Os recomiendo á este señor. Cuidad que despues de «mi muerte no se le dé ningun insulto: os encargo que cuideis que así sea.» Al bajar el rey del coche, le rodearon tres verdugos y quisieron quitarle los vestidos; mas él los rechazó con altivez, y se quitó por sí solo las ropas exteriores. Los verdugos, que se desconcertaron por un momento ante la enérgica altivez y dignidad personal del rey, se rehicieron, le rodearon de nuevo y quisieron atarle las manos. El rey se negó; mas ellos insistieron, y fué atado.

«Las gradas del cadalso estaban muy empinadas. El rey se vió obligado á apoyarse en mi brazo, y en la pena que parecia tener por subir temí por un momento que su ánimo comenzase á decaer; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando al llegar á la última grada le ví escapar de mis manos, por decirlo así, atravesar con paso firme toda la anchura del cadalso, imponer silencio con solo una mirada á los quince ó veinte tambores que estaban colocados delante de él, y decir con voz tan firme, que debió oirse hasta el Pont Tournant, estas palabras eternamente memorables: «¡Muerdo «inocente de los crímenes que se me imputan: perdono á los autores de mi muerte y «deseo que la sangre que vais á derramar no «caiga sobre la Francia!...» Santerre le interrumpió mandando tocar un redoble á los tambores; los verdugos se apoderaron del rey y á las diez y veinte minutos del día 21 de enero de 1793 el infeliz monarca, víctima de una revolucion que sus antepasados le legaran, habia dejado de existir.

Las injusticias de las revoluciones producen siempre la reaccion. La muerte de Luis XVI hizo considerar á este como un mártir de la fiebre social, y acaso precipitó los pasos de la restauracion monárquica. Y, por otra parte, ¡cuántos siguieron la suerte de Luis! ¡cuántos de sus mismos jueces, de los mismos que votaron su muerte, subieron las gradas del cadalso para morir en él por las manos mis-



mas que habian cortado la vida de aquella víctima! Todos los extremos se tocan, y de la exageracion de la libertad, al desórden, á la dictadura, al despotismo no hay mas que un paso... ¿Hasta cuándo será ciega la humanidad que no sepa aprovecharse de las grandes enseñanzas de la historia?

4.—La muerte de Luis XVI produjo los resultados que deseaban los jacobinos; la Francia habia abjurado completamente de su pasado; la nacion entera se hallaba comprometida; no era una faccion, sino todo el pueblo el responsable del golpe, y «comprendia que le era preciso ser la primera de las naciones, so pena de ser la última.» «No podemos retroceder, decia Marat, y es tal la posicion en que nos encontramos, que es fuerza vencer ó morir.» El ejército escribió á la Asamblea: «Os damos gracias por habernos puesto en la necesidad de vencer.» En una palabra, jamás la revolucion habia sido tan audazmente hostil á los principios en que descansaba la sociedad europea; jamás se habia caido tampoco de si triplicaba sus peligros aumentando el rencor de los gobiernos y disminuyendo la simpatía de los pueblos; jamás habia proclamado con tal arrogancia que ella era la guerra; la cabeza del último Capeto era, segun expresion de la Montaña, el guante arrojado á la antigua Europa; y al caer en medio de las monarquías sumidas en su neutralidad egoísta, despertólas llenándolas al mismo tiempo de terror. Era preciso combatir; formóse una nueva coalicion, y Pitt y la aristocracia inglesa se pusieron al frente de la cruzada de los gobiernos absolutos contra la revolucion francesa.

Ningun pueblo habia mostrado por la revolucion mas simpatía, ningun gobierno habia concebido por ella mas temor que el pueblo y el gobierno inglés. Los *clubs* de Lóndres se hallaban en correspondencia con los de París con el fin de realizar una revolucion democrática; las jornadas revolucionarias habian sido celebradas en Inglaterra hasta con anárquicas violencias. El aniversario del 14 de julio ocasionó en Birmingham en 1791 un es-

pantoso motin, en el cual el populacho, dueño de la ciudad por espacio de cuatro dias, incendió las casas de los habitantes conocidos por enemigos de la revolucion francesa. El libro de Tomás Payne, *Los derechos del hombre*, que reproducian las ideas francesas, se encontraba en todas las manos (1); el grito de reforma se hacia universal; la aristocracia y su antigua constitucion se hallaban amenazadas, y Pitt concibió la esperanza de salvarlas, lanzando á la Inglaterra á una guerra contra la Francia. Su plan consistió en hacer á los ingleses enemigos de la revolucion francesa, presentando á esta como irreligiosa, antisocial, ávida de destruirlo todo, y dispuesta para todos los crímenes, al mismo tiempo que en excitar su orgullo y su avaricia, mostrándoles la ocasion única de adquirir el imperio de los mares por medio de la ruina de una rival eterna. Su primer paso fué dividir la oposicion parlamentaria, y Burke, el mas ardiente enemigo de la revolucion, al separarse de Fox, su amigo de veinte años, dió al ministerio un apoyo que anuló del todo á los whigs é hizo á los torys todopoderosos (4 de marzo de 1791). En seguida favoreció con su oro y sus intrigas los excesos de los jacobinos y la anarquía de la Francia, y finalmente, despues del dia 10 de agosto, empezó á tomar una actitud hostil, haciendo salir de París á su embajador. Entonces despertó el celo de los ingleses en favor de su constitucion, tan querida á causa de su antigüedad; calificó de insolente provocacion el decreto de 19 de noviembre; reanimó los antiguos odios de la nacion á causa de la conquista de Bélgica y de los peligros que amenazaban á la Holanda, y pidió con este motivo explicaciones á la Francia. La opinion pública se modificó: los ingleses se asustaron «de aquella cosa sin nombre que se llamaba la revolucion francesa;» alarmáronse al considerar los movimientos anárquicos que agitaban ya á su país, y sedújoles la esperanza de vengarse de la guerra de América, conquistando las colonias francesas. Pitt convocó

(1) Tomás Payne, perseguido por dicho libro, se refugió en Francia, y fue elegido diputado á la Convencion.

un parlamento extraordinario (8 de diciembre de 1792), por el cual hizo rechazar toda demanda de reforma; denunció las sectas que se habían formado para derribar al gobierno;

capturaron una fragata francesa en los mares de la India, y el statuder de Holanda, sumiso vasallo del rey de Inglaterra, entró por sus consejos en la coalición.



MARÍA ANTONIETA SENTENCIADA POR EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO (14 DE OCTUBRE DE 1793).

obtuvo leyes contra la libertad de la prensa y la libertad individual; preparó armamentos y empezaron los actos reales de hostilidad: prohibióse á los buques franceses comprar trigo en Inglaterra; dos navíos ingleses

Hasta aquel momento, la Convencion había mostrado una paciencia singular y ofrecido toda clase de concesiones, impulsada por su deseo de conservar la alianza del único pueblo que tenía con la Francia analogía en

sus instituciones; pero entonces pidió á su vez explicaciones y amenazó á Pitt con «apelar á la nacion inglesa y hacerla juez entre de todos los pueblos en la causa de la Francia; y el partido republicano no cesaba en esto de agitarse: sin embargo, llegó el 21 de



ÚLTIMA DESPEDIDA DE LOS GIRONDINOS.

ambos gobiernos, de lo cual podrian nacer consecuencias que no hubiese él previsto todavía.» En efecto, los ingleses retrocedian delante de la guerra por una especie de instinto democrático que les hacia ver la causa

enero, y Pitt, que se habia negado obstinadamente á dar el menor paso para salvar á Luis XVI, explotó el horror causado por su muerte, é hizo salir de Lóndres al embajador francés. Con todo, si bien se hallaba hacia

mas de dos meses en hostilidad real con la Francia, quiso dejar á esta la iniciativa de la guerra, y «escribióse por su consejo á los miembros influyentes de la Convencion, entre otros á Brissot, que la declaracion de guerra seria la señal de la revolucion inglesa, para la cual todo se hallaba ya dispuesto.» La Convencion cayó en el lazo: Brissot, en nombre de la comision diplomática, propuso declarar la guerra á la Inglaterra y á la Holanda, y su proposicion fué aprobada por unanimidad (dia 8 de febrero de 1793).

«Es la guerra de las opiniones armadas,» dijo Pitt, y procuró sublevar contra la Francia á la Europa entera: reanimó por medio de subsidios el celo de la Prusia y del Austria; prometió socorro al rey de Cerdeña, irritado por la Saboya, y de Niza, reunidos por la Convencion al territorio francés; despertó de su letargo á la España, que hasta entonces, y á pesar de sus reyes Borbones, habia resistido á las intrigas de los emigrados, y para ello derribó del ministerio al prudente Aranda y reemplazóle con D. Manuel Godoy, favorito del débil Carlos IV. Hizo entrar en la coalicion á Portugal, convertido en colonia inglesa desde el tratado de Methwen; al rey de Nápoles, recientemente insultado en su capital por una escuadra francesa que le habia obligado á reconocer la república; y al Papa, irritado por la pérdida de Avignon y las persecuciones contra el clero, y amenazado por la Francia á causa del asesinato del cónsul francés en Roma. Hizo suya á la dieta germánica; tomó á sueldo á los príncipes de Baden, de Hesse y de Baviera: y finalmente dejó á la Rusia, que, bajo el pretexto de que convenia refrenar ante todo á los jacobinos del Norte, derribase en Polonia la constitucion del año de 1791, invadiera dicho reino, y, de acuerdo con la Prusia, arrancara otros dos pedazos, de un millon doscientos mil habitantes el uno, y de tres millones el otro. La Suecia, la Dinamarca, la Suiza, Venecia y la Turquía fueron los únicos Estados que se conservaron neutrales; todos los intereses fueron desconocidos, la antigua política olvidada, las alianzas de

posicion destruidas: la Holanda y la España unian sus buques á los de su enemigo contra su única amiga; la Prusia y el Austria celebraban íntima alianza; la Italia se abandonaba á la Inglaterra; la Alemania al Austria; la Inglaterra dejaba á la Rusia desmembrar la Polonia; no habia mas que un enemigo, ¡la revolucion francesa!

La Francia no se asustó al ver á los enemigos á quienes provocara; exaltada por sus primeras victorias, por la grandeza de su posicion, y tambien por sus excesos, sabia tener por recursos tres millones de hombres, ocho mil millones de bienes y los pueblos todos para revolucionar. «Es preciso, dijo Brissot, que todos los franceses no formen mas que un grande ejército, que la Francia entera sea un vasto campamento; y la Convencion olvidó por un momento sus discordias para no pensar sino en la salvacion de la patria. Pache fué despojado del ministerio de la Guerra, donde habia introducido la anarquía, y reemplazado por Beurnonville, á propuesta de Cambon, secretario de la comision de Hacienda, el cual demostró no ser posible recurrir á las contribuciones ni á los empréstitos para cubrir los gastos de la guerra; decretóse una nueva emision de ochocientos millones de asignados y otra de mil doscientos millones tres meses despues, si bien la suma de asignados ya emitidos se elevaba á dos mil trescientos ochenta y siete millones; la hipoteca, á consecuencia de la confiscacion de los bienes de los emigrados, importaba siete mil setecientos cincuenta millones. Luego á peticion de Dubois Crance, secretario de la comision militar, quien manifestó que el efectivo del ejército quedaba reducido á doscientos setenta mil hombres, de los cuales habia doscientos mil voluntarios, y que la república tenia necesidad de quinientos mil hombres para mantenerse en la defensiva en el Este y en el Mediodía, y tomar la ofensiva en el Norte, decretó que los guardias nacionales se hallaban en estado de movilizacion permanente, y que se procederia al momento á una leva de trescientos mil hombres (24 de febrero de 1793). El contin-

gente de París, que habia ya proporcionado diez y ocho mil hombres al ejército, era de siete mil seiscientos hombres, y veinte y cuatro horas despues de la publicacion del decreto, desfilaba ya ante la Asamblea. «Lo que me estraña, dijo un convencional, es que los proletarios, los peones, los indigentes, en una palabra, las clases de la sociedad que lo perdian todo con la revolucion, y á quienes legislaturas venales habia excluido del rango de ciudadanos, sean las únicas que la hayan constantemente sostenido. Si esas clases hubiesen sido menos numerosas en el seno de la capital, era imposible que la revolucion se sostuviese contra sus enemigos.»

Sin embargo, era preciso abrir la campaña con doscientos mil hombres; cincuenta mil se reunian en las vertientes de los Pirineos, cuarenta mil en los Alpes, ochenta mil en el Rhin, veinte mil en el Mosela, y ochenta mil en el Roer y en Bélgica. El último ejército se hallaba completamente desorganizado; los soldados no tenian otro medio que el pillaje para subsistir; compañías enteras de voluntarios, reunidas, decian, para salvar la patria y no para morir de hambre en Bélgica, volvian á sus hogares. Con semejante ejército, Dumouriez ni siquiera habia pensado en rechazar al enemigo mas allá del Rhin, y por otra parte, el general se ocupaba, mas que en las operaciones militares, en las turbulencias del interior; preocupábase tambien la Bélgica, por la cual, á consecuencia del decreto de 15 de diciembre, se habia diseminado un enjambre de jacobinos como comisarios del poder ejecutivo, introduciendo allí sin transicion la anarquía de Francia, los *clubs*, los asignados, las prisiones, el secuestro de los bienes del clero y de la nobleza. Los belgas maldecian á los libertadores á quienes habian llamado, y su indignacion llegó á su colmo cuando vieron sus iglesias profanadas y despojadas de sus ornamentos. Dumouriez habia tratado á aquel país con gran moderacion á fin de preparar su reunion con la Francia y procurarse recursos para sus soldados; é irritado por tantos excesos, marchó á París para

denunciarlos. Acogido, empero, por las calumnias de los clubs, que le acusaron de haber dejado escapar á los austríacos como en otro tiempo á los prusianos, partió de nuevo para su ejército, decidido á adquirir, por medio de alguna brillante accion, el derecho de poner fin á tan odioso régimen.

Su plan de campaña no podia ser mas evidente: convenia rechazar á la otra parte del Rhin al enemigo que se habia atrincherado en el Roer; pero seducido por las promesas de los emigrados bátavos, que le manifestaron á la Holanda próxima á sublevarse contra el statuder, resolvió pasar con veinte mil hombres por entre Breda y Gertruydenberg, atravesar el Biosbach, y seguir hasta Rotterdam por las desembocaduras de los rios. Miranda con veinte y cinco mil hombres, debia apoderarse de Maestricht, bajar por el Mosa, y reunirse con Dumouriez en Utrecht, mientras que Valence, con treinta y cinco mil hombres en el Roer, en Aquisgran y en Limburgo, observase al ejército austríaco. Un plan tan arriesgado, que tan mal se adaptaba á las localidades y á la posicion de los enemigos, no podia producir mas que desastres.

La coalicion habia puesto en línea unos cuatrocientos mil hombres; pero semejante superioridad de fuerzas solo le servia para intentar la reconquista de Maguncia y la cesacion del bloqueo de Maestricht. Mientras se reunian en los Pirineos y en los Alpes ochenta mil españoles y piamonteses, cien mil prusianos debian poner sitio á Maguncia, setenta mil austríacos dirigirse hácia Maestricht, y cuarenta mil ingleses ú holandeses reunirse en Holanda. Dumouriez, sin cuidarse de los setenta mil hombres que dejaba en su flanco derecho, salió de Amberes (dia 20 de febrero de 1793) dividiendo su ejército en varios cuerpos que se presentaron de improviso delante de Breda, Gertruydenberg y Wilhemstadt: las dos primeras plazas, que encerraban inmensas provisiones, rindiéronse casi sin resistencia. Durante este tiempo la vanguardia habia llegado al Biosbach; pero la falta de barcos, permitió á los holandeses ocupar á

Gorkum y la isla Dort, llegando entonces la noticia de los desastres de los franceses en el Mosa.

Miranda habia arrojado algunas bombas en Maestricht; pero la plaza, defendida por un cuerpo de emigrados, se negó á rendirse, y el ejército de Valence, diseminado en un intervalo de veinte leguas, no efectuaba durante este tiempo el menor movimiento de concentracion. Entonces el príncipe de Coburgo, al frente de los austriacos, pasó el Roer, arrojó á los franceses de Aquisgran (1.º de marzo de 1793), y no permitió que se reunieran en Lieja sus sorprendidas divisiones, hasta haberles causado una pérdida de diez mil hombres. Miranda levantó el bloqueo de Maestricht y se retiró á Tongres, mientras que el enemigo pasó el Mosa por el primer punto, amenazó á Lieja, y obligó al ejército de Valence á retirarse hácia Louvain, donde se reunió con el de Miranda. Los franceses se hallaban completamente desmoralizados; diez mil desertaron al interior, y la Bélgica se hallaba pronto á sublevarse. Dumouriez acudió (13 de marzo), é irritado al ver frustrado su plan, mandó prender á dos agentes del poder ejecutivo, cerró los clubs, invitó á los belgas á acusar á los dilapidadores, castigó á los voluntarios cuya indisciplina habia aumentado el desastre, y finalmente, dirigió á la Convencion una terrible carta contra los jacobinos, por el decreto de 15 de diciembre y la anarquía de París, carta que se tuvo la prudencia de conservar secreta.

Esto no obstante, el general habia reunido cuarenta y cinco mil hombres en Tirlémont, y resolvió detener á los austriacos por medio de una batalla: necesitaba una victoria para devolver á su ejército la confianza que le abandonaba, hacer suyos otra vez á los belgas, y, rechazando al enemigo mas allá del Mosa, quedar libre en sus proyectos de contrarrevolucion. Coburgo con cuarenta y dos mil hombres, habia tomado posicion en la pequeña Ghete; y Dumouriez, mientras que su izquierda, mandada por Miranda, debia entretener parte de las fuerzas enemigas, llevó su

centro y su derecha, mandados por Igualdad y Valence, contra las aldeas de Neerwinden y de Oberwinden, flanqueadas por alturas erizadas de artillería, donde se habian atrinchado veinte mil austriacos (dia 18 de marzo). Treinta mil hombres se lanzaron contra los terribles reductos, se apoderaron por tres veces de Neerwinden, fueron rechazados otras tres, y por fin permanecieron en buen orden en sus posiciones, resueltos á empezar de nuevo la batalla al siguiente dia. Sin embargo, durante este tiempo, Miranda, que solo tenia doce mil hombres, veíase atacado por mas de veinte mil, y debia retirarse precipitadamente sin prevenir siquiera á Dumouriez, el cual, colocado entre dos ejércitos y con un rio á sus espaldas, hallóse en una posicion muy peligrosa. Esto no obstante, efectuó en buen orden su retirada, se reunió con Miranda, y se dirigió hácia Bruselas.

La derrota de Neerwinden debia producir la pérdida de la Bélgica, y Dumouriez, que se vió expuesto al furor de sus enemigos, resolvió realizar el plan que abrigaba desde su entrada en campaña, y que habia pensado ejecutar entre el esplendor de una victoria y como conquistador de la Holanda: pretendia restablecer en Francia la constitucion del año de 1791, reconciliar á su país con la Europa dándole un gobierno legal, y sentar en el trono al duque de Chartres, jóven que habia desempeñado un brillante papel en la guerra, cuyo talento era apreciado y temido por los jacobinos, y el único Borbon, en fin, cuya posicion fuese del todo pura y sin mancha respecto de la revolucion. En su consecuencia, retiró sus tropas de Holanda, guarneció las plazas, y empezó su retirada, débilmente perseguido por los austriacos, con los cuales habia estipulado en secreto la evacuacion de la Bélgica. Su ejército se encontraba en completo desorden; desertaban batallones enteros de voluntarios, mas las tropas de línea permanecíanle adictas, y pudo formar la retaguardia con quince mil hombres escogidos. El general abandonó á Bruselas, mandó evacuar Amberes y Namur, y llegó á la frontera francesa,

donde acantonó su ejército en los campamentos de Maulde y de Bruille, resuelto á poner su plan en ejecución: plan absurdo, que no solo fué fatal al que lo concibiera, sino á la Gironda toda, con la cual aquel contaba, y que, inocente de su defección, fué sin embargo arrastrada en su ruina.»

Dumouriez habria tenido precision de alcanzar victorias para abrirse un camino hasta

taron las iras del pueblo parisien. La Convencion mandó al general cuatro comisarios y el ministro de la Guerra para intimarle la orden de comparecer en el banco de los acusados. Los comisarios, que llevaban plenos poderes, fueron recibidos por Dumouriez en su tienda de campaña, rodeado de un numeroso estado mayor y cercada su tienda por los húsares que le eran sumamente adictos. Los comisa-



COMITÉ REVOLUCIONARIO DE 1793.

Paris, donde pudiera acreditar los proyectos que acariciaba; pero fué vencido y en la derrota de Neerwinden tuvo pretexto, si bien poco glorioso, para celebrar un convenio con los austriacos, que no habia podido rechazar. Por este convenio secreto firmado con el príncipe de Sajonia tenia que dejar en poder del enemigo, á condicion de rehenes, á Condé, Lille y Valenciennes, y tomar luego el camino de París. Mas dicha derrota, y los rumores que sobre aquel general corrian, exci-

rios se negaron á explicarse delante de los ayudantes del general, por lo que este y los comisarios pasaron á un aposento contiguo.

Camus leyó el decreto de la Convencion á Dumouriez, y él respondió que era necesaria su presencia en el ejército, y que mientras empuñase una pulgada de acero nunca se someteria al tribunal revolucionario, que apellidó tribunal de sangre. Citáronle los comisionados algunos ejemplos de obediencia de los generales romanos. «Tambien nos equivocamos,

replicó Dumouriez, y desfiguramos la historia de los romanos dando por excusa á nuestros crímenes el ejemplo de sus virtudes. Los romanos no dieron muerte al rey que destronaron; los romanos tenían la república regulada por buenas leyes; ni tenían clubs de jacobinos, ni tribunal revolucionario. Estamos en tiempo de anarquía, y no porque unos tigres quieran mi cabeza, he de ir á dársela yo; ya que me citais ejemplos de los romanos, os declaro que yo he desempeñado el papel de Decio y no seré jamás un Curcio, ni me arrojaré en el abismo.» Pasó entonces á la sala en que habia su estado mayor, siguiéndole Camus para reiterarle con firmeza la intimacion. «¿Queréis ó no queréis obedecer al decreto de la Convencion?—En este momento no, contestó irónicamente Dumouriez.—Pues entonces, repuso Camus, quedais suspendido en el ejercicio de vuestras funciones; se os van á tomar los papeles y á prenderos.—¡Esto es demasiado! gritó Dumouriez; ¡húsares, á mí!» Acudieron precipitadamente los húsares y prendieron á los cuatro comisarios, dejando en libertad al ministro de la Guerra, que era amigo de Dumouriez; pero el ministro quiso compartir la suerte de sus colegas, y el general le mandó prender, diciéndole: «Creo que os presto un buen servicio; os aranco al tribunal revolucionario.»

El general francés entregó á los austríacos los comisionados que le enviara la Convencion y fueron tratados como prisioneros de guerra. No pudiendo diferir mas Dumouriez, pensó en ejecutar sus proyectos, que habian de sufrir abierta oposicion de sus tropas. La alianza con los austríacos la habia indispuerto con él, por lo cual no pudo sorprender la ciudad de Condé, y perseguido por dos batallones de voluntarios que le habian detenido en esa tentativa, tomó la fuga á caballo, mas luego tuvo que dejarlo por no querer pasar un canal, y casi por milagro escapó de la lluvia de balas que le asestaban los dos batallones, logrando escaparse hasta refugiarse en las líneas austríacas. Volvió á aparecer al dia siguiente delante de su ejército, que le recibió con el

descontento que su silencio indicaba. Varios cuerpos le abandonaron y se unieron á la division de Dampierre.

Al ver que todo se habia perdido, Dumouriez se dirigió al príncipe de Coburgo acompañado de su fiel regimiento de húsares y de casi todo su estado mayor, en el cual se notaban los dos jóvenes de Orleans (3 de abril de 1793). Recibiósele con agasajo, mas no queriendo ponerse al frente de los emigrados y austríacos, pasó á Alemania, donde permaneció diez años viviendo de sus trabajos literarios, pasando despues á Inglaterra, cuyo gobierno le destinó una pension. Veinte años despues murió en el destierro.

5.—Desde los principios de la revolucion se habian agitado los pueblos de los departamentos del Oeste, donde sin rivalidad dominaba la influencia de las dos clases sociales cuyos privilegios la revolucion destruyera. Aquel desórden fué ensanchándose y ganando terreno, de manera que no tardó en propagarse por el Maine, el Anjou y la Bretaña, donde los insurrectos fueron designados con el mote de *buhos*, del nombre de su primer jefe Juan Cottureau, alias el Buho, antiguo contrabandista que adoptara por señal en sus escursiones el canto de dicha ave. Por el mes de octubre de 1791 fué preciso mandar tropas á tales puntos para sofocar la insurreccion, que no habia de tomar amenazadoras proporciones hasta el levantamiento de los vendeanos, que luego narraremos, ocurrido en marzo de 1793.

Pero lo que mayormente afectó á la Convencion fué la infidelidad de Dumouriez, por cuanto desmoralizó los ejércitos que habian visto la separacion de Lafayette, no tenían confianza en los oficiales de la nobleza, y de ahí nació la indisciplina que no tardó en desorganizar por completo las tropas. La Convencion, sin embargo, quiso hacer frente á los peligros extremos que corria, y sobre todo á guardar la frontera del Norte que habia quedado muy comprometida. Además las divisiones intestinas que la minaban precipitaron la adopcion de medidas rigurosas y terri-



bles que todos los partidos se reunieron para decretar contra los enemigos del interior, pero que muy luego se volvieron contra ellos.

Tiempo hacia que la Montaña trabajaba para que el poder ejecutivo que hasta entonces estuviera en manos de los ministros pasase á un comité elegido por la Convencion. Nombróse en consecuencia el comité de salvacion pública, especie de dictadura de nueve miembros, cuyos mas influyentes fueron Barrere, Canabon, Danton y Treilhard. Este comité dispuso absolutamente de la autoridad pública para dar á la defensa nacional la mas enérgica eficacia. Muy útil podia ser en lo referente á los negocios extranjeros, mas luego se vió que los autores mismos de la proposicion dirigian al interior aquella formidable máquina de guerra. Anulóse la inviolabilidad de los diputados, y con mucho contento de la Montaña se decidió que la Convencion pudiera proceder contra cualquiera de sus miembros convictos de haber conspirado contra la libertad y la república... Ese decreto fatal iba á servir á uno y otro lado de la cámara para diezmarse mútua y horriblemente. El encarcelamiento de los *sospechosos* y las declaraciones de poner fuera de la ley demostraron los rigores y crueldad que puede inspirar el fanatismo político como lo inspira el religioso. El decreto contra los Borbones y la prision de Felipe de Orleans, no obstante sus votos contra Luis XVI, fueron únicamente el preludio de una guerra intestina y cruel.

Por todas partes cundia la sospecha; Robespierre creia que los girondinos querian desmembrar la Francia y abrir sus fronteras al extranjero, y á su vez los girondinos temian que Marat, Robespierre y Danton proclamasen rey al duque de Orleans y le asesinaran en seguida para fundar un triunvirato del que Danton precipitaria á sus colegas para reinar solo. Por lo tanto, cada uno prestaba fe á los planes mas absurdos que se achacasen á sus adversarios, y cuanto mas los girondinos se esforzaban por detener los excesos revolucionarios, tanto mas los montañeses querian precipitar el curso de la revolucion, no amedren-

tándoles la idea de que pudiese marchar por vias sangrientas.

Robespierre comenzó entonces el vergonzoso sistema de calumniar á sus adversarios. Desfigurando los hechos mas conocidos y notorios, pareciendo luchar tan solo en interés de la libertad, acusa á los girondinos de haber conspirado siempre para restaurar la monarquía. Importa conocer de que manera desnaturalizaba aquel intransigente y ambicioso los hechos, para que recordemos en todos tiempos lo que son esta clase de declamadores políticos que parecen tener un corazon lleno de ponzoña y una alma sumamente cruel. Con pérfida habilidad vuelve contra los girondinos la moderacion que les honra, si bien forma entonces de ella la conspiracion que les pierde. «El año 1791 se opusieron, dijo, á la caida del rey. En el decreto de suspension incluyeron un artículo que ordenaba nombrar un ayo al príncipe real, piedra de toque para una segunda monarquía. Ensalzaron á Lafayette; han hecho declarar la guerra á las potencias extranjeras para impedir que la fuerza de Francia se volviese contra los enemigos de la patria; gobernaron solos desde la jornada del 10 de agosto, y han dejado los ejércitos deshechos. Calumniaron á París; corrompieron el espíritu de concordia de los departamentos; no cesan de suscitar divisiones en el seno de la Asamblea y denunciar á los patriotas mas puros; votaron la apelacion al pueblo de la sentencia del rey; se han aliado íntimamente con Dumouriez; en el comité de seguridad general, de que disponen ellos, no se ha tomado medida alguna útil á la salvacion del Estado. Son intrigantes, orleanistas, moderados!...»

Vergniaud improvisó contra esas calumnias, de larga fecha preparadas, una calurosa defensa en que la ironía se mezclaba con la fuerza del raciocinio y la vivacidad de la indignacion. «Osaré contestar al Sr. Robespierre... Mi voz, que desde esta tribuna ha llevado mas de una vez el terror en este palacio de donde ha concurrido tambien á precipitar al tirano, lo llevará ahora al alma de los

malvados que quisieran sustituir su tiranía á la de la monarquía.» Despues de refutar cada una de las acusaciones dirigidas contra él y sus amigos políticos, convence á los diputados de su pureza y los encanta con su elocuencia y talento.

Sucede Guadet á Vergniaud en la tribuna, y concita mas vivamente todavía las pasiones de los partidos. De acusado se convierte en

que excita al pueblo á ir contra la Convencion. Marat confiesa la tentativa con desvergüenza y altanería. Toda la Asamblea, arrebatada de indignacion, decreta la acusacion de Marat, y lo manda al tribunal revolucionario á pesar de los clamores de sus amigos.

Ese proceso, que podia por de pronto tomarse como un triunfo de los girondinos, iba á volverse contra ellos merced al frenesí del



LA ROCHEJAQUELEIN.

acusador. «Los cómplices de Dumouriez, exclama, hay que buscarlos entre los *montañeses*. ¿Quién estaba con Dumouriez en los Jacobinos, en los espectáculos? Vuestro Danton. — ¡Ah! tú me acusas interrumpe Danton: no conoces mi fuerza.» Los girondinos cometían en efecto una grave falta enagenándose á Danton, que era el único que podia y queria protegerlos contra los furores de la *Montaña*. Guadet no se detiene. Denuncia á Marat como autor de una tentativa sanguinaria en la

populacho que idolatraba á Marat. Este repugnante energúmeno se habia erigido en apóstol del pueblo mas ignorante. La mayor parte de sus discursos y escritos de propaganda se referian al siguiente raciocinio: La salvacion del pueblo es la ley suprema; doscientos setenta mil nobles y curas con sus partidarios ponen el Estado en peligro; luego, importa abatir esas doscientas setenta mil cabezas; y cada mañana las reclamaba. Este era el héroe cuya inocencia se iba á proclamar.

# LA RAZON DEL REDENTOR.

DE DON JUAN DE LOS RIOS  
Y DON JUAN DE LOS RIOS

EN UN LIBRO DE 180 PAGINAS

PRECIO 10

Este libro es una obra de gran importancia para el estudio de la teología y la filosofía. El autor, don Juan de los Ríos, aborda con profundidad y claridad los fundamentos de la fe cristiana, explorando la naturaleza de Dios, la humanidad de Cristo y el significado de su sacrificio. El texto está dividido en capítulos que tratan de la doctrina de la Trinidad, la encarnación, la redención y el papel del Espíritu Santo. El lenguaje es sencillo pero riguroso, lo que hace que esta obra sea accesible tanto para estudiantes como para lectores interesados en profundizar sus conocimientos sobre la doctrina católica. El libro es una excelente referencia para cualquier curso de teología o filosofía que se imparta en las universidades.

# CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Las condiciones de publicación de este libro son las siguientes: el autor garantiza la originalidad del contenido y se reserva todos los derechos de autor. La editorial se compromete a distribuir el libro en todas las librerías de España y a mantenerlo en circulación por un periodo de diez años. El precio de venta al público será de 10 pesetas. El libro será impreso en papel de buena calidad y con un diseño que refleje su importancia académica.

# LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS,

OBRA DEDICADA

AL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO DE VALENCIA.

## PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la accion religioso-recreativa, que inauguramos con la del mismo autor, titulada: *Armonias entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religion, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura conforme en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les recree, tanto por lo menos como la novela de mayor interés.

*La Pasion del Redentor* que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y concienzudos estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnífico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasion del Redentor* que no sea perfectamente exacto: ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes fabulosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés reviste de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático é histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una nacion que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas, la constitucion de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componian; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacian unos para conducir el Redentor al patíbulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen, el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebotando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardientemente enamorado corazón de Magdalena, el generoso de Marcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos; el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso de Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y necio de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavor, mas allá el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí llora la Madre de Dios, allí gime y suspira el Redentor; ora es la naturaleza la que se estremece, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesías; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que braman contra él.

La excesiva delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje desconocido de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creacion propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasion del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su accion interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasion del Redentor*, no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos, para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrenará en ella un tipo, é irá ilustrada con 24 primorosas láminas, comprendiendo estas los RETRATOS DE JESUCRISTO Y DE LA VIRGEN MARÍA, RETRATOS VERDADEROS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia. Finalmente, se dará una VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE PÁJARO de grandes dimensiones tal como dicha ciudad se hallaba en tiempos de la Pasion, para que puedan seguir los lectores las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy anunciamos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanta verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, restándonos sólo añadir que **consideramos suscritos á *La Pasion del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonias entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de no querer seguir siendo suscritores á la indicada série de obras religioso-recreativas, que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º de regulares dimensiones, que repartiremos en entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al infimo precio de UN CUARTILLO DE REAL, cada una en toda España. Las láminas y la *Vista de Jerusalem* que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicacion, serán GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, así como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose á D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente. Tambien pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.